

Llegó el médico. La señora Estournet le presenta su niño, diciendo:

—Estoy contenta; lo creo curado. Pero examinadlo bien, ¿qué os parece?

—Está curado, dice el doctor después de un momento de atenta observación; se ha encontrado felizmente el remedio; ¿no es verdad?

—Pero decidme, ¿está bien curado? ¿me lo aseguráis?

—Sí.

—Pues bien, doctor, no es vuestra receta quien lo ha curado. Debo confesároslo, la arrojé al fuego.

—¡Desgraciada!

—Cuando la escribais pensaba: No servirá; yo conozco un remedio mejor. ¿Sabéis, doctor, que es lo que ha curado á mi hijo? El agua de la gruta, y sólo ella.

No se ha referido qué respuesta dió el médico.

Hoy, en 1871, Pedro Estournet tiene siete ú ocho años, mucha vivacidad y dos magníficos ojos.

XXIX

Una joven moribunda, instantáneamente vuelta á la vida

En 1858, la señorita Broca, habitante en Bordes, cerca de Tarbes, estaba enferma veinte meses hacia á consecuencia de grandes disgustos de fami-

lia. Ya no se esperaba casi nada de la medicina. Su confesor le aconsejó que hiciese una novena á la Virgen de la gruta, á lo cual repuso la señorita Broca: «¿Qué me pedis, Padre mio? ¿Creéis vos en eso?» Recuerda todavía estas palabras, y ciertamente no se las había dictado la impiedad; pues toda su vida había sido muy piadosa, y amaba tiernamente á la Santísima Virgen. Mas las apariciones de Lourdes eran entonces muy cuestionadas, y creían poco en ellas los que la rodeaban.

Fué necesario un mandato para hacerla decidir. Su sirvienta fué á buscar agua del manantial de Massabielle, y la enferma bebió de ella durante nueve días. Al concluir la novena, se le llevó el santo Viático; y durante la misa ofrecida á su intención, se sintió repentinamente aliviada; por la tarde observó que el mal se había detenido, y al día siguiente dejó la cama. Su fe en Nuestra Señora de Lourdes tornóse viva y profunda. Con todo, esto era sólo una pequeña muestra de las gracias que había de recibir más adelante. Tres meses duró la convalecencia, quedándole á la joven una fatiga habitual. En el fondo no estaba curada.

Había prometido á la Virgen ir á Lourdes á rendirle gracias. Desde entonces, en medio de las dolorosas preocupaciones que amargaban su existencia, el recuerdo de su promesa y el deseo de ver la gruta fueron su pensamiento dominante. Mas su constante debilidad y otros motivos contrariaron su pro-

yecto. En Octubre de 1862, una grave enfermedad vino á hacer imposible su ejecución.

En 1º de Enero de 1863 la señorita Broca estaba sepultada en la cama. El médico habló de tisis. Atormentábala un dolor sordo, que frecuentemente se convertía en agudo, en el pecho y riñones. Al mismo tiempo la calentura la devoraba, y durante un año la tuvo en frecuentes delirios. Su debilidad era extremada. La pobre enferma no había comido carne ni tomado caldo desde 1858; le era imposible comer, y se moría lentamente. Iba perdiendo uno á uno los sentidos, y exasperaba sus sufrimientos el no poder conciliar un instante el sueño. En el mes de Agosto se le administró la Extremaunción.

«No se murió, pero tampoco vivía,» dice la relación hecha al Obispo de Tarbes. Se le permitía estar levantada una hora cada día; pero puede decirse que la muerte había empezado en todos sus órganos. Apenas oía, veía muy poco, casi no tenía voz, sofocábase andando lentamente tres pasos; parecía que su cuerpo quería doblarse, y su alimento consistía en un vaso de leche en dos días. Debilitábase también su cabeza, y se entorpeció su memoria de tal modo, que perdió el recuerdo de las oraciones que había rezado. De todas las ruinas que en ella se habían obrado, esta fué la más desconsoladora para su alma profundamente cristiana. La piedad era la única dulzura de su vida, ó por mejor decir, era su misma vida.

En medio de este cúmulo de dolores físicos y morales un recuerdo se presentaba á menudo á su imaginación, y la apesadumbraba vivamente. Era el remordimiento de no haber efectuado, cuando aún le era posible, la peregrinación á Lourdes, y el temor de que su enfermedad fuese un castigo del cielo. Atormentábala mucho este pensamiento, y poco á poco el propósito de cumplir á toda costa su promesa llenaba su alma, y se hizo como una necesidad. Pero ir á Lourdes era imposible; quererlo, una locura.

Temblaba al pensar en decirlo; su conciencia empero la hizo atreverse en el mes de Noviembre de 1864. Su confesor aplazó la peregrinación para la primavera; mas llegado en 1865 el momento, como el estado de la enferma era grave, no osó tomar sobre sí la responsabilidad de semejante resolución, y pidió consejo al vicario general de la diócesis. La fe de la señorita Broca y su heróica confianza en Nuestra Señora de Lourdes sobrepujaron á la prudencia. La contestación fué: «La confianza de la enferma suplirá las fuerzas que le faltan.»

Fijase el día; se empieza una novena y se continúa en medio de la calentura, de los dolores del pecho y de la cabeza, en medio de la más alarmente debilidad. Diez y siete días transcurrieron sin que la joven hubiese podido tragar más que una pequeña cantidad de agua, y aún con mucha pena. Temíase no verla volver viva de su peregrinación; ella misma estaba persuadida de que iba á Lourdes á morir.

«Antes de partir dió sus últimas disposiciones. Dijo su testamento, designó el lugar de su sepultura, confesóse como si fuese la última vez, recomendó á la caridad de su director una anciana y fiel sirvienta, y esperó al día siguiente, diciendo: «Moriré, pero será cumpliendo mi promesa á la Virgen Santísima; moriré dichosa.»

El 22 de Abril entraba un carruaje en el patio de la casa. Dos personas que habían de acompañar á la señorita Broca, la sostienen para bajar. Al llegar al último tramo de la escalera, se desmaya: se la reanima y coloca en el interior del carruaje sobre dos almohadones como una moribunda. El conductor, espantado, se arrepiente de haber venido, pues cree tener que llevar un cadáver. Durante el camino, la sirvienta y la amiga de la enferma sufrieron continuamente mortales ansias: la pobre enferma permaneció siempre como agonizando. Hacíanla aspirar éter, y se esmeraban en evitarle los vaivenes. El carruaje marchaba con extraordinaria lentitud, el conductor tuvo que detenerse tres veces; la infeliz, fatigada por los sacudimientos, se desmayaba.

Llegan por fin. Los caballos se aproximan todo lo posible á la roca. En aquella época no existía aún la larga pared que dirige á la gruta, y en el punto donde el camino tuerce y sigue el torrente, no había más que un sendero estrecho y difícil.

Colocóse á la enferma en una silla, ofreciéndose un obrero á llevarla en sus brazos; pero en su mo-

destia había ella pedido que no la tocasen hombres, por si llegase este caso. Levántaronla, pues, con la silla sus dos compañeras, y andando una de ellas hacia atrás, avanzan con pena y trémulas hacia la gruta. A los primeros movimientos la joven Broca había perdido el conocimiento.

Se pone la silla delante de la gruta, sin haber cesado el desmayo. La sirvienta corre á buscar los almohadones del carruaje, mientras que su ama, moribunda, recobra lentamente los sentidos, y la amiga ora y saca agua.

La joven, entorpecida todavía, había apenas recobrado sus sentidos, y su amiga le dijo: «Bebe.» Tomó un sorbo casi maquinalmente, y luego otro. Al tercero, súbitamente un dolor inconcebible, un sacudimiento sobrenatural parecía que trituraba todos sus miembros. Fué una cosa rápida y terrible, como si un rayo atravesase su cuerpo.

Levanta los ojos, y se apercibe de la blanca imagen. Había desaparecido todo dolor: un bienestar inmenso penetra su alma y cuerpo. La primera palabra de su atónito corazón fué: «¡Oh María!..... ¡no lo merezco! ¡Curada!..... ¡Sí, estoy curada!» exclama en su corazón, en tanto que la emoción penetraba en su alma. «¡Oh María! ¿por qué?..... ¿por qué?.....» Perdióse en el profundo sentimiento de su indignidad y en una dulzura desconocida. Al mismo tiempo una deslumbrante claridad iluminaba su alma y tal vez sus ojos (no supo decirlo). ¡Momento del

cielo! duró apenas algunos segundos; pero en su vida ha experimentado otro semejante. Con todo, no había aún hablado.

De repente, sentada todavía, con voz sonora y trémula, fijos los ojos en la imagen de Nuestra Señora, dice: «*Regina caeli, lætare*»..... cuya oración le viene de pronto á la memoria. Al concluirla, se levanta: su amiga apenas respiraba, como si viese una resurrección. La señorita Broca cae de rodillas; hacía un año que no había podido doblarlas.

Permaneció por largo tiempo inmóvil. Todo su sér nadaba en una calma dulce y profunda; su alma estaba tranquila, sosegada, y parecía la paz perfecta. Pronto corrieron las lágrimas; su amiga, silenciosa y admirada, lloraba á su lado. Rezan entrambas la Corona de los siete dolores. La señorita Broca, que hacía un año que no había podido fijar sus ojos en un libro, lee los misterios.

Después se levanta, y su amiga ve enderezarse en toda su altura aquel cuerpo por tanto tiempo encorvado. La querida resucitada anda sin ninguna dificultad, con entera libertad de sus movimientos. Las tres van á sentarse, y la joven Broca come un huevo y pan. Era una multiplicación de prodigios.

En aquel momento el Párroco de Lourdes llegaba á la gruta. Se le refiere el suceso, y saca de su bolsillo un periódico para experimentar la vista de la señorita Broca, la cual lee con rapidez y sin la menor vacilación.

Entre tanto había llegado el momento de partir. Puede considerarse el fervor de las tres viajeras prosternadas pidiendo una nueva bendición, y la ternura de la última mirada de la joven Broca á la imagen de Aquella que acababa de volverla á la vida.

Anduvo con paso firme y sin apoyo por aquel sendero por donde una hora antes era llevada medio muerta. El cochero no la reconocía y no daba crédito á sus ojos. Sola sube al carruaje, siendo ya inútiles las almohadas y marchando con la velocidad que el conductor quiso. Durante el viaje, no experimentó incomodidad alguna. Llegada á su casa de Borderes, la señorita Broca atravesó el patio y subió ligeramente la escalera. Allí encuentra una amiga: «¡Buenos días!» le dice. A esta voz la amiga mira sorprendida. «¡Qué! exclama, ¿eres tú?—¡Ciertamente que sí!» Y las dos amigas se abrazaron con vivo transporte. Cuando la joven se hubo asegurado de que la señorita Broca estaba curada, exclamó: «¡No quería creer..... pero creo! ¡creo!»

El día siguiente, domingo de Cuasimodo, la joven Broca recibía la Comunión en la Misa primera y delante de la mitad de la parroquia. La vispera por la tarde empezó á esparcirse el ruido de la curación. Desde entonces fué objeto de conversación en todo el barrio, y la enferma, que ayer sucumbía á los dolores y á la debilidad, tuvo que darse todo el día en espectáculo. Su gabinete estaba siempre lleno, y hablaba sin cesar hasta la noche refiriendo lo que la Vir-

gén inmaculada acababa de hacer en la gruta. De su terrible enfermedad no le quedaba más que la palidez.

Desde el siguiente día volvió á sus naturales ocupaciones, interrumpidas hacía tres años, pronto recobró los colores, y algunos días después pudo dar á pié largos pasos.

Con todo, al cabo de dos semanas quiso Dios probar su fidelidad, quitándole repentinamente la facultad de leer. Mas su curación continuó completa y su salud se conservó habitualmente buena.

Grande fué la impresión producida en el país. La fe en Nuestra Señora de Lourdes ganó á los indiferentes y conquistó espíritus hostiles; acrecentóse la confianza, y se oró con más esperanza que nunca ante la milagrosa gruta. Un hombre de mundo se convirtió completamente: no frecuentaba los Sacramentos, y la curación de la joven Broca lo hizo fiel católico y lo preparó para la muerte más edificante.

Muchos médicos habían visto á la enferma durante sus prolongados sufrimientos. Todos opinaban que no podía curar. El de Borderes, descorazonado, había dejado de visitarla tiempo hacía, dando por razón que su arte nada tenía que hacer en una persona impotente para tomar un remedio cualquiera. Después del prodigio de la gruta, uno de ellos, hombre grave y distinguido, dijo: «Nada le es imposible á Dios; Él puede salvar cuando la ciencia humana ha agotado todos sus recursos.» Otro exclamó despechado: «Esa devota ha debido ponerse de acuerdo con los Curas.»

Desde su curación la señorita Broca va todos los años á la gruta el día 22 de Abril á celebrar piadosamente su bello aniversario. La acompaña la amiga que en 1865 compartió con ella las angustias y los gozos de la primera peregrinación.

Por un sentimiento fácil de comprender, se negó á dar publicidad á los preciosos detalles que acaban de leerse; y no se decidió á ello sino en consideración á la mayor gloria de la Santísima Virgen María Inmaculada, que se había dignado obrar en Ella y para Ella tan grandes cosas.

XXX

Curación repentina de un anciano gendarme

Juan María Fosses, natural de Trebons (Altos Pirineos), gendarme retirado y hoy día posadero en Arzacq (Bajos Pirineos), se vió repentinamente libre de un mal incurable, el día 11 de Noviembre de 1867, en la gruta de Lourdes.

En el primer día de Agosto de 1867 Fosses, convaleciente de una larga enfermedad, estaba sentado delante del portal de su casa, respirando el aire fresco de la tarde. De repente siente subírsele á la cara un gran calor, después de un sudor frío, envarándose en seguida su cuello. Pronto un fuerte dolor atacó con furia su cabeza. Desde aquel momento el pobre